

¡Oh que concierto de sonoras voces
alzan al cielo cuando el celo llega!
¿están pidiendo rey ó están cantando
al amor trovas?

¿O es que envidiosas de redonda vaca
se están hinchiendo de aire los pulmones?
¿es que les mueve en su cantar furioso
la sed de gloria?

Cuando pelechen nacerá sobre ellas
el sol que les caliente al fin la sangre,
alas les nacerán, y sus bocotas
darán gorjeos.

Se secará la charca y hasta el cielo
irán en busca de licor de vida;
querrán, alondras, de las altas nubes
libar el cáliz.

Però no! nuestras ranas son sesudas,
no les tienta el volar, saltan á gusto,
Jove les dió como preciada dote
común sentido.

¡Oh imbéciles cantores de la charca,
croad, papad, tomad el sol estivo,
propicia^{os} sea la sufrida luna,
castizas ranas!

CASTILLA

Tú me levantas, tierra de Castilla,
en la rugosa palma de tu mano,
al cielo que te enciende y te refresca,
al cielo, tu amo.

Tierra nervuda, enjuta, despejada,
madre de corazones y de brazos,
toma el presente en tí viejos colores
del noble antaño.

Con la pradera cóncava del cielo
lindan en torno tus desnudos campos,
tiene en tí cuna el sol y en tí sepulcro
y en tí santuario.

Es todo cima tu extensión redonda
y en tí me siento al cielo levantado,
aire de cumbre es el que se respira
aquí, en tus páramos.

Ara gigante, tierra castellana,
á ese tu aire soltaré mis cantos,
si te son dignos bajarán al mundo
desde lo alto!

EL MAR DE ENCINAS

En este mar de encinas castellano
los siglos resbalaron con sosiego
lejos de las tormentas de la historia,
lejos del sueño

que á otras tierras la vida sacudiera;
sobre este mar de encinas tiende el cielo
su paz engendradora de reposo,
su paz sin tédio.

Sobre este mar que guarda en sus entrañas
de toda tradición el manadero
esperan una voz de hondo conjuro
largos silencios.

Cuando desuella estío la llanura
cuando la pela el rigoroso invierno,
brinda al azul el piélagos de encinas
su verde viejo.

Como los días, van sus recias hojas
rodando una tras otra al pudridero
y siempre verde el mar, de lo divino
nos es espejo.

Su perenne verdura es de la infancia
de nuestra tierra, vieja ya, recuerdo,
de aquella edad en que esperando al hombre
se henchía el seno

de regalados frutos. Es su calma
manantial de esperanza eterna eterno.
Cuando aún no nació el hombre él verdecía
mirando al cielo,

y le acompaña su verdura grave
tal vez hasta dejarle en el lindero
en que roto ya el viejo, nazca al día
un hombre nuevo.

Es su verdura flor de las entrañas
de esta rocosa tierra, toda hueso,
es flor de piedra su verdor perenne
pardo y austero.

Es, todo corazón, la noble encina
floración secular del noble suelo
que, todo corazón de firme roca,
brotó del fuego

de las entrañas de la madre tierra.
Lustrales aguas le han lavado el pecho
que hacia el desnudo cielo alza desnudo
su verde vello.

Y no palpita, aguarda en un respiro
de la bóveda toda el fuerte beso,
á que el cielo y la tierra se confundan
en lazo eterno.

Aguarda el día del supremo abrazo
con un respiro poderoso y quieto
mientras, pasando, mensajeras nubes
templan su anhelo.

Es este mar de encinas castellano
vestido de su pardo verde viejo
que no deja, del pueblo á que cobija
místico espejo.

Zamora, 13 IX 1906

SALAMANCA

Alto soto de torres que al ponerse
tras las encinas que el celaje esmaltan
dora á los rayos de su lumbre el padre
Sol de Castilla;

bosque de piedras que arrancó la historia
á las entrañas de la tierra madre,
remanso de quietud, yo te bendigo,
mi Salamanca!

Miras á un lado, allende el Tormes lento,
de las encinas el follaje pardo
cual el follaje de tu piedra, inmoble,
denso y perenne.

Y de otro lado, por la calva Armuña,
ondea el trigo, cual tu piedra, de oro,
y entre los surcos al morir la tarde
duerme el sosiego.

Duerme el sosiego, la esperanza duerme,
de otras cosechas y otras dulces tardes,
las horas al correr sobre la tierra
dejan su rastro.

Al pie de tus sillares, Salamanca,
de las cosechas del pensar tranquilo
que año tras año maduró en tus aulas
duerme el recuerdo.

Duerme el recuerdo, la esperanza duerme,
y es el tranquilo curso de tu vida
como el crecer de las encinas, lento,
lento y seguro.

De entre tus piedras seculares, tumba
de memorias del ayer glorioso
de entre tus piedras recogió mi espíritu
fe, paz y fuerza.

En este patio que se cierra al mundo
y con ruinoso crestería borda
limpio celaje, al pie de la fachada
que de plateros

ostenta filigranas en la piedra,
en este austero patio, cuando cede
el vocerío estudiantil, susurra
voz de recuerdos.

En silencio Fray Luis quédase solo
meditando de Job los infortunios,
ó paladeando en oración los dulces
nombres de Cristo.

Nombres de paz y amor con que en la lucha
buscó confort, y arrogante luego
á la brega volvióse amor cantando,
paz y reposo.

La apacibilidad de tu vivienda
gustó, andariego soñador, Cervantes,
la voluntad le enhechizaste y quiso
volver á verte.

Volver á verte en el reposo quieta
soñar contigo el sueño de la vida
soñar la vida que perdura siempre
sin morir nunca.

Sueño de no morir es el que infundes
á los que beben de tu dulce calma,
sueño de no morir ese que dicen
culto á la muerte.

En mí florezcan cual en tí, robustas,
en flor perduradora las entrañas
y en ellas talle con seguro toque
visión del pueblo.

Levántense cual torres clamorosas
mis pensamientos en robusta fábrica
y asiéntese en mi patria para siempre
la mi Quimera.

Pedernoso cual tú sea mi nombre
de los tiempos la roña resistiendo,
y por encima al tráfigo del mundo
resuene limpio.

Pregona eternidad tu alma de piedra
y amor de vida en tu regazo arraiga,
amor de vida eterna, y á su sombra
amor de amores.

En tus callejas que del sol nos guardan
y son cual surcos de tu campo urbano,
en tus callejas duermen los amores
más fugitivos.

Amores que nacieron como nace
en los trigales amapola ardiente
para morir antes de la hoz, dejando
fruto de sueño.

El dejo amargo del Digesto hastioso
junto á las rejas se enjugaron muchos
volviendo luego, corazón alegre,
á nuevo estudio.

De doctos labios recibieron ciencia
mas de otros labios palpitantes, frescos,
bebieron del Amor, fuente sin fondo,
sabiduría.

Luego en las tristes aulas del Estudio,
frías y oscuras, en sus duros bancos,
aquietaron sus pechos encendidos
en sed de vida.

Como en los troncos vivos de los árboles
de las aulas así en los muertos troncos
grabó el Amor por manos juveniles
su eterna empresa.

Sentencias no hallareis del Triboniano
del Peripato no vereis doctrina,
ni aforismos de Hipócrates sutiles,
jugo de libros.

Allí Teresa, Soledad, Mercedes,
Carmen, Olalla, Concha, Blanca ó Pura,
nombres que fueron miel para los labios,
brasa en el pecho.

Así bajo los ojos la divisa
del amor, redentora del estudio
y cuando el maestro calla aquellos bancos
dicen amores.

Oh Salamanca, entre tus piedras de oro
aprendieron á amar los estudiantes
mientras los campos que te ciñen daban
jugosos frutos.

Del corazón en las honduras guardo
tu alma robusta, cuando yo me muera,
guarda, dorada Salamanca mía,
tú mi recuerdo.

Y cuando el sol al acostarse encienda
el oro secular que te recama,
con tu lenguaje, de lo eterno heraldo,
dí tú que he sido.

LA TORRE DE MONTERREY

Á LA LUZ DE LA LUNA

Torre de Monterrey, cuadrada torre,
que miras desfilas hombres y días,
tú me hablas del pasado y del futuro
Renacimiento.

De día el sol te dora y á sus rayos
se aduermen tus recuerdos vagarosos,
te enjabelga la Luna por las noches
y se despiertan.

Velas tú por el día, enajenada,
confundida en la luz que en sí te sume
y en las oscuras noches te sumerges
en la inconciencia.

Más la Luna en unción dulce al tocarte
despiertas de la muerte y de la vida,
y en lo eterno te sueñas y revives
en tu hermosura.

¡Cuántas noches, mi torre, no te he visto
á la unción de la Luna melancólica
despertar en mi pecho los recuerdos
de tras la vida!

De la Luna la unción por arte mágica
derrite la materia de las cosas
y su alma queda así flotante y libre,
libre en el sueño.

Renacer me he sentido á tu presencia,
torre de Monterrey, cuando la Luna
de tus piedrás los sueños libertaba
y ellas cedían.

Y un mundo inmaterial, todo de sueño,
de libertad, de amor, sin ley de piedra,
mundo de luz de luna confidente
soñar me hiciste.

Torre de Monterrey, dime, mi torre,
tras de la muerte el Sol brutal se oculta
ó es la Luna, la Luna compasiva,
del sueño madre?

¿Es ley de piedra ó libertad de ensueño
lo que al volver las almas á encontrarse
las unirá para formar la eterna
torre de gloria?

Torre de Monterrey, soñada torre,
que mis^m ensueños madurar has visto,
tú me hablas del pasado y del futuro
Renacimiento.

CRUZANDO UN LUGAR

Fué al cruzar una tarde un lugarejo
entre el polvo tendido en la llanada,
á la hora de sopor que á la campiña
la congestión vital hunde y aplana,
cuando dormita bajo el sol que pesa
infiltrando modorra en sus entrañas.
Al oír resonar dentro en la calle
los cascos del caballo alzó la cara
y dos ojos profundos me miraron
cual del seno de una isla solitaria.
Fué mirar de reposo y de tristeza,
todo un pasado en él se revelaba;
desde olvidado islote parecía
el adiós silencioso que se manda,
el silencioso adiós al pasajero
que cruza el mar de largo en su fragata
para hundirse allá lejos, donde besan
al cielo en el confin, remotas aguas.

Seguí yo mi sendero, pensativo,
en mi pecho llevando su mirada,
aquellos negros ojos tras los cuales
misterios dolorosos vislumbrara.
La pobre niña del lugar oscuro
sólo pedía... lo que quieran darla,
por amor del Amor una limosna,
abrazo espiritual á la distancia.
Fué un instante brevísimo, un relámpago
que llevó á vivo toque nuestras almas;
fué un alzamiento del oscuro seno
en que reposan las profundas aguas
á que la luz no llega de la mente,
fué un empuje del alma de nuestra alma,
la que durmiendo en nuestro vivo lecho,
de sí misma ignorante, en paz descansa.
Tal debió ser, porque al sentir en vivo
de aquellos ojos la tenaz mirada,
repentina inmersión en el oceano
sentí, en que se me anega la esperanza.

.
Fué al cruzar una tarde un lugarejo
entre el polvo tendido en la llanada
á la hora de sopor que á la campiña
la congestión vital hunde y aplana
cuando dormita bajo el sol que llueve
infiltrando modorra en sus entrañas.

Han corrido los días desde entonces
y prendido en mi pecho su mirada

y empieza á florecer y dar sus frutos
y á mi espíritu todo lo embalsama.
Y como en huerto de convento guardo
de ojos profanos esta tierna planta,
y doy sus frutos y no sabe el mundo
que dichoso dolor me los arranca.

EL ÚLTIMO HÉROE

Era al ponerse el sol en la llanura;
pálida sombra inmensa proyectaba
de las ruinas el humo
subiendo espeso;

acá y allá tendidos, sobre sangre,
contemplaban la azul bóveda inmóvil
con inmóviles ojos
los que lucharon.

De Dios en la pupila sus pupilas
hundían los vencidos caballeros,
del último combate
cobrando el premio.

Rodeaban la que fué roquera torre,
señora de los páramos adustos,
en tropa bulliciosa
los vencedores.

Sus luengas sombras al caer la lumbre
cubrían de piedad á los vencidos;
era como una tregua;
el sol moría.

Con las armas rendidas contemplaban
—el asombro en sus ojos y sus pechos—
encima de las ruinas
un hombre solo.

Tiene en la diestra el puño de una espada,
de una bandera el asta en la siniestra,
rodó la hoja al suelo,
voló la tela.

Sus ojos reverberan del poniente
donde el sol se enterró, los arreboles,
sangre hecha luz del campo,
sangre del cielo.

Contempla ante sus pies los caballeros
que serán pronto dueños de su tierra,
y con su Dios hablando
grita: ¡vencimos!

Los arreboles fúndense en ceniza,
nacen estrellas tras la nube de humo,
y al asta y puño asido
rueda el postrero.

Doblan los vencedores sus rodillas,
de entre las ruinas álzase la luna,
y es su blancura el riego
de la victoria.

EL AVENTURERO SUEÑA

Soñó la vida en la llanura inmensa
bajo el cielo bruñido
como un espejo,
la soñó inacabable y reposada
llevando el mundo todo
dentro del pecho.

Y al contemplar en el ocaso sierras
de nubes encendidas,
soñó su esfuerzo
que más allá se abrían nuevos mundos
encendidos, cual nubes,
todo portentos.

Mundos de oro, de rojo, de vestiglos,
que muy pronto en ceniza
verá deshechos,

cuando sus ojos infinitos abra
al despertar, de noche,
su padre el cielo.

Y más allá también de las estrellas
soñó valles recónditos
de un mundo eterno,
un mundo de oro líquido en que el alma
cobra frescor de vida
del mismo fuego.

Su corazón sentíase abrumado
de los henchidos siglos
so el duro peso,
peladas sierras de mortal fatiga
llevaba su alma á cuestras,
de nacimiento.

Y se dejó mecer al dulce arrullo
que en la serena noche
llega en secreto
de la bóveda toda, á quien contempla
de sus millones de ojos
el parpadeo.

Y al resplandor de la preñada luna
vió perderse los páramos
blancos y yermos

allá en las nubes, y arrancar desde éstas
de Santiago el camino
con rumbo al cielo.

Cielo, nubes y tierra, todo uno
le reveló la luna
—¡mágico espejo!—
todo ceniza que algún día en polvo
volverá para siempre
de Dios al seno.

EL REGAZO DE LA CIUDAD

Es, mi ciudad dorada, tu regazo
como el regazo amado en que reside
el corazón que por el nuestro late;
regazo de sosiego
preñado de inquietudes,
sereno mar de abismos tormentosos.

En él se vive en paz soñando guerra;
las horas en silencio
dejan oír la voz con que nos llama
la eternidad á la abismal congoja.

Es, mi ciudad dorada, tu regazo
un regazo de amor todo amargura,
de paz todo combate
y de sosiego en inquietud basado.

EN LA CATEDRAL VIEJA

DE SALAMANCA

*Sancta Ovetensis, Pulchra Leonina,
Dives Toletana, Fortis Salmantina.*

Sede robusta, fuerte *Salmantina*,
tumba de almas, dura fortaleza,
siglos de soles viste
dorar tu torre.

Dentro de tí brotaron las plegarias
cual verdes palmas aspirando al cielo
y en rebote caían
desde tus bóvedas.

Este el hogar de la ciudad fué antaño;
aquí al alzarse en oblación la hostia,
con las frentes dobladas
y de rodillas,

— 49 —

temblando aun los brazos de la lucha
contra el infiel, sintieron los villanos
en sus ardidos pechos
nacer la patria.

Mas hoy huye de tí la muchedumbre
y tan sólo uno y otro, sin mirarse,
buscan en tí consuelo
ó tal vez sombra.

Templo esquilmado por un largo culto
que broza y cardo sólo de sí arroja,
tras de barbecho pide
nuevo cultivo.

Sólo el curioso turba tu sosiego,
de estilos disertando entre tus naves,
pondera tus columnas
elefantinas.

El silencio te rompe de la calle
viva algazara y resonar de turbas,
es el salmo del pueblo
que se alza libre.

Libre de la capucha berroqueña
con que fé berroqueña lo embozara,
libre de la liturgia,
libre del dogma.

¡Oh mortaja de piedra, ya ni huesos
quedan del muerto que guardabas, polvo
por el soplo barrido
del Santo Espíritu!

Ellos sin templo mientras tú sin fieles,
casa vacía tú y fé sin casa
la nueva fe que á ciegas
al pueblo empuja.

En tus naves mortal silencio, y frío,
y en las calles, sin bóvedas ni arcadas,
calor, rumor de vida
de fe que nace.

Las antiguas basílicas, las regias
salas de la justicia ciudadana
brindáronle su fábrica
del Verbo al culto.

Y el Espíritu Santo que en el pueblo
va á encarnar, redentor de las naciones,
donde hallará basílica,
de sede regia?

Quiera Dios, vieja sede salmantina,
que el pueblo tu robusto pecho llene,
florezca en tus altares
un nuevo culto,

y tu hermoso cimborrio bizantino
se conmueva al sentir como su seno
renace oyendo en salmo
la Marsellesa.

HERMOSURA

Aguas dormidas,
verdura densa,
piedras de oro,
cielo de plata!

Del agua surge la verdura densa,
de la verdura
como espigas gigantes las torres
que en el cielo burilan
en plata su oro.
Son cuatro fajas:
la del río, sobre ella la alameda,
la ciudadana torre
y el cielo en que reposa.
Y todo descansando sobre el agua,
fluido cimiento,
agua de siglos,
espejo de hermosura.
La ciudad en el cielo pintada
con luz inmoble;

inmoble se halla todo,
el agua inmoble,
inmóviles los álamos,
quietas las torres en el cielo quieto.
Y es todo el mundo;
detrás no hay nada.
Con la ciudad enfrente me hallo solo
y Dios entero
respira entre ella y yo toda su gloria.
A la gloria de Dios se alzan las torres,
á su gloria los álamos,
á su gloria los cielos
y las aguas descansan á su gloria.
El tiempo se recoge;
desarrolla lo eterno sus entrañas;
se lavan los cuidados y congojas
en las aguas inmables,
en los inmables álamos,
en las torres pintadas en el cielo,
mar de altos mundos.
El reposo reposa en la hermosura
del corazón de Dios que así nos abre
tesoros de su gloria.
Nada deseo,
mi voluntad descansa,
mi voluntad reclina
de Dios en el regazo su cabeza
y duerme y sueña...
Sueña en descanso
toda aquesta visión de alta hermosura.

Hermosura! Hermosura!
descanso de las almas doloridas
enfermas de querer sin esperanza.
Santa hermosura,
solución del enigma!
Tú matarás la Esfinge,
tú reposas en tí sin más cimiento;
Gloria de Dios, te bastas.
Qué quieren esas torres?
ese cielo ¿qué quiere?
qué la verdura?
y qué las aguas?
Nada, no quieren;
su voluntad murióse;
descansan en el seno
de la Hermosura eterna;
son palabras de Dios limpias de todo
querer humano.
Son la oración de Dios que se regala
cantándose á sí mismo,
y así mata las penas.

.
La noche cae, despierto,
me vuelve la congoja,
la espléndida visión se ha derretido,
vuelvo á ser hombre.
Y ahora dime, Señor, dime al oído:
tanta hermosura
matará nuestra muerte?

EL CRISTO DE CABRERA

(Recuerdo del 21 de Mayo de 1899)

¡Valle de selección en que el silencio
melancolía incuba,
asilo de sosiego,
crisol de la amargura,
valle bendito,
solitario retiro
del Cristo de Cabrera,
tu austera soledad bendita sea!
La encina grave
de hoja oscura y perenne
que siente inmoble
la caricia del aire,
derrama austeridad por el ambiente,
y como en mar, allá, del horizonte
en el confín se pierde...
¡Ay, quien me diera
libre del tiempo,
en tu calma serena

descansar renunciando á todo vuelo,
y en el pecho del campo
bajo la encina grave
en lo eterno alma mía, asentarte
á la muerte esperando!
Aquí el morir un derretirse dulce
en reposo infinito debe ser,
en el río que fluye
del mar eterno,
un henchirse en su seno
de vida soberana,
en que se anega el alma,
un retorno á la fuente del ser...
Oración mística
del ámbito allí se alza silenciosa,
resignación predica
é inconciente esperanza la campiña,
allí callan las horas
suspensas del silencio
bajo el misterio,
voz de la eternidad!
Mana cordial tristeza
de la difusa luz que de la encina
el ramaje tamiza
y es la tristeza
calma serena.
Del Cristo la capilla,
humilde y recojida,
las oraciones del contorno acoje;
es como el nido.

donde van los dolores
á dormir en los brazos del Cristo.
Del sosegado valle
el espíritu suave
cual celestial rocío en el santuario
cuaja invisible;
es el alma del campo
que á su vez culto rinde
del Hombre al Hijo,
diciendo á su manera
con misterioso rito
que es cristiana también Naturaleza.
.....
La noche de la cena
con el alma del hombre
henchida hasta la muerte de tristeza,
se retiró Jesús como á oratorio
del olivar al monte,
y allí puesto de hinojos
y en él el Hombre y Dios en recia lucha
pidió á su Padre le apartara el vaso
de la amargura,
hasta que al fin sumiso
vencedor del combate soberano,
manso-cordero, dijo:
«Mi voluntad no se haga, mas la tuya!»
Bajó entonces del cielo
á confortarle un ángel
y en las angustias del dolor supremo
sudó gotas de sangre,

gotas que descendían á la tierra,
á la tierra, su madre,
las entrañas bañándola en tristeza
y en zumo de pesares.
Por eso cuando el sol en el ocaso
se acuesta lento,
como perfume espiritual del campo
sube místico rezo,
que es como el eco
que de los siglos al través repite
el resignado ruego
de la pobre alma hasta la muerte triste,
de aquel sudor de sangre es el incienso!
Allí en Cabrera,
al caer de la tarde
al corazón acude aquella escena
del más fecundo duelo,
mientras descende al valle
santo sosiego!
Rústica imagen
de foco sirve
á los anhelos de la pobre gente
que al conjuro sutil de aquel paraje
concorre triste
á cerner sus pesares
del encinar en la quietud solemne,
ó rebotando gozo,
de la promesa en alas,
para rendir de gratitud el voto
acude consolada.

No es de tal imagen ni aún trasunto vago
del olímpico cuerpo que forjaron
los que con arte y juego
poema hicieron de la humana forma,
si no torpe bosquejo
de carne tosca
con sudor amasada del trabajo
en el molde de piedra
sobre la dura tierra.
Aquella fealdad y grosería
de pobre monstruo humano
que en sí el fruto recoje
que los vicios sembraron de los hombres,
honda piedad inspiran
al pobre Cristo
amasado con penas,
al Cristo campesino
del valle de Cabrera.
Del leño á que sus brazos
están clavados,
penden de ex-votos cintas
y pinturas sencillas
que en tosquedad al Cristo se aparejan
en la cámara ostentan
sencilla fé.
¡Cuántos del corazón al caliz vivo,
de congojas henchido,
llevaron á sus piés cual pía ofrenda,
la más preciada y tierna,
y rebasó la pena,

y en llanto se vertió!
¡Cuántos bajo el mirar de aquella imagen,
mirar hierático,
dulce efluvio sedante
sintieron que sus penas adormía
y que el divino bálsamo
tornábales al sueño de la vida
á la resignación!
Y al salir de la ermita,
al esplendor del campo,
llevando en la retina
del tosco Cristo los tendidos brazos,
soñar debieron en borroso ensueño
que desde el alto cielo
lleno de paz,
el Amor que en su seno recojiera
del mundo las flaquezas,
del trabajo las penas,
á posarse piadoso bajo al suelo
y abrazó al campo con abrazo tierno
el infinito Amor!

CATALUÑA